

La espalda de Bairoletto

Eran tiempos de bandillaje. ¿Alguno no lo fue? Pero aún no estaban masificados y mantenían un cierto halo de misterioso romanticismo. Butch Cassidy y Sundance Kid, -de quienes nada sabíamos porque no habían sido inmortalizados por la pantalla-, el Gaucho Cubillos, los rosarinos Chicho el Grande y Chicho el Chico, y el más nuestro de todos, el legendario Juan Bautista Bairoletto, en nuestras tierras alvearenses, eran los bandidos de la época.

Con mis cortos cuatro años, los relatos contados a medias -como era usual para que los niños no entendieran ni las conversaciones ni las preocupaciones de los mayores- dejaban vestigios de asaltos, recompensas y fugas. El perfil de este gaucho justiciero, confundía aún más este oscuro panorama. En él, el valor de la solidaridad era importante, ya que robaba a los ricos para entregar a los pobres.

Y en esta infancia mía, frente al temor convivía un confuso afecto por estos mitos, desde una borrosa óptica infantil. Aparecían allí las dudas. Si éramos ricos o pobres todo estaba claro. Los roles funcionaban bien. Se robaba a los que más tenían para darles a los pobres, pero, si no éramos ni ricos ni pobres y se equivocaba Bairoletto, ¿cuál sería nuestro destino? ¿Nos mataba por ricos en el error? ¿O nos regalaba el botín por pobres? Y allí sí que venía la confusión: ¿a quién se lo devolvíamos?, ¿nos perdonaría? y ni pensar en guardarnos algo que no fuera nuestro (era aún lejana la época de las cuentas en las Islas Caimán).

Estas primeras disquisiciones filosóficas llegaban hasta el paroxismo en los interminables viajes semanales en auto, desde General Alvear hasta Villa Atuel.

Cuando comenzaba ese mundo gris del entresueño, entre las largas y tenebrosas sombras de las siluetas que formaban el perfil de alamedas en las noches de luna llena, presentía en las negruras su estampa, y creía oír el relincho de su caballo. ¿Llegaría con sombrero y capa? ¿qué haría con

nosotros? y, acurrucada en el asiento posterior del automóvil, no respiraba hasta sentirme segura dentro del garaje de mi propia casa. Y así semana tras semana.

Pero un día la noticia. Los teléfonos, la radio, la voz del pueblo... La partida le tendió una emboscada y allá, en Carmensa, Bairoletto fue capturado y muerto.

Mi padre fue invitado a la "morgue" del hospital de Alvear para ver su cadáver. Por vez primera oía esta palabra....

Al regresar, relató cómo estaba su cuerpo y dijo que en su espalda quedaban las marcas características de las ventosas que se usaban para aliviar los pulmones cuando alguien estaba muy enfermo.

Y en esa espalda descubrí la crueldad.

¿Es lícito matar a un hombre enfermo que se aplicaba ventosas?